

berbios y los tiranos? Señor, bueno es que el rey sea ángel; mas ha de ser para los que supieren ser hombres con los necesitados. Ángel ha de ser; mas por su mano ha de revolver las aguas de la piscina. La virtud él la ha de dar, y no otro; no la ha de remitir á nadie.

Y para ver que el rey es representado por el hombre de esta piscina, se advierta que representándose el linaje humano en este desamparado, le mira Cristo y le pregunta si quiere sanar, y responde : *Hominem non habeo* : « No tengo hombre. » Á esto no se respondió hasta que Pilatos coronó á Cristo, y le puso cetro y púrpura y todas las insignias reales, y le condenó á muerte de cruz, donde le llamó rey. Entónces, sin saber lo que decia, respondió al linaje humano diciendo : *Ecce Homo* : Ves ahí el hombre que te faltaba. El buen rey no ha de faltar á ninguna necesidad. ¡ Gran nota para la conciencia de un rey, cuando con verdad dice alguno de sus vasallos : « En necesidad estoy, porque no tengo hombre! »

Los reyes nacieron para los solos y desamparados; y los entremetidos, para peligro, y persecucion y carga de los reyes. De estos han de huir hácia aquellos. Quien solicita y pretende el cargo, le engaita, ó le compra ó le arrebatá; quien se contenta con hacerse por la virtud digno de él, le merece. A estas cosas no se ha de acudir por relaciones y por terceros : los ojos y los oídos del rey han de ser los más frecuentes ministros. Los necesitados no han de buscar al rey ni á los ministros : esa diligencia su necesidad la ha de tener hecha; los ministros y los reyes han de salirles al camino; ese es su oficio, y consolarlos y socorrerlos, su premio. Para saber si gobierna Satanas una república, no hay otra señal más cierta que ver si los menesterosos andan buscando el remedio, sin atinar con la entrada á los príncipes.

Señor, dos cosas vemos en este evangelio : que el rey ha de ser ángel para dar virtud y hacer milagros, y revolver por su mano la piscina, pues así tendrá virtud, y de otra mano veneno y muerte; y que ha de ser hombre para remediar los necesitados, y dolerse de ellos, y desagraviarlos y darles consuelo.

CAPÍTULO VII.

EL REY HA DE LLEVAR TRAS SÍ LOS MINISTROS; NO LOS MINISTROS AL REY.

Al rey solas las obligaciones de su oficio y necesidades de su reino y vasallos le han de llevar tras sí.

En todo el Testamento Nuevo no se lee otra cosa, hablando de los apóstoles y Cristo, sino *sequebantur*, seguíanle. No se lee que Cristo los siguiese jamas : él los llevaba siempre donde queria; no ellos á él. « Cada uno tome su cruz, y me siga. — Sigueme », dijo al apóstol que llamó. Y los que le hacen cargo de buenos criados, no dicen otra cosa sino : « Ves que lo hemós dejado, y te hemos seguido. » ¡ Gran diferencia de criados buenos de Cristo, á criados de Satanas y de sus tiranos. Todo lo dicen y hacen al revés; dirán á sus reyes : Ves aquí que lo hemos tomado todo, y héchote que nos sigas y andes tras nosotros arrastrando.

El rey imitador de Cristo ha de considerar que él dijo, para decir que era verdadero rey del cielo y verdadero Dios : « Yo soy camino, verdad y vida. » El rey es camino, claro está, y verdad y vida. ¿ Pues cómo podrá ser que el camino siga al caminante, debiendo el caminante seguir el camino? El rey que es camino y verdad, es vida de sus reinos; el que es descaminado y mentira, es muerte. Rey adestrado, es ciego; enfermedad tiene, no cargo; bordon es su cetro; aunque mira, no ve. El que adiestra á su rey, peligroso oficio escoge; pues, si lo ha menester, se atreve al cuidado de Dios. Mucho se aventura si el rey no lo ha menester. No le guía, le arrastra y le distrae; codicia y no caridad tiene. No es servicio el que le hace, sino ofensa; y disculpa los odios de todos contra su persona.

De ninguna manera conviene que el rey yerre; mas si ha de errar, ménos escándalo hace que yerre por su parecer, que por el de otro. Nada ha de recelar tanto un rey como ocasionar desprecio en los suyos; y este sólo por un camino le ocasionan los reyes, que es dejándose gobernar. Un rey cruel es rey cruel, y así en los demas vicios; mas un rey falto de dis-

curso y entendimiento (si tal permitiese Dios), como para ser rey ha de ser primero hombre, y hombre sin entendimiento y razon no puede ser, — ni sería rey, ni hombre, y el desprecio le hallaría semejante á cualquier afrentosa comparacion. Y por esto nada ha de disimular tanto un príncipe, como el tener necesidad en todo de advertencia, y haber de decir siempre : Llevadme y guiadme; yo iré tras de vosotros. Y al ministro que tiene á cargo el suplir la falta de su príncipe, sola le puede conservar la arte con que hiciere que se entienda siempre que obra su señor sin dependencia; porque el dia que se descubriere el defecto, ó por vanidad mal entendida del allegado, ó por descuido artificioso para espantar con la omnipotencia ó llamar á sí las negociaciones, persuadido de la codicia, — ese dia se sigue al uno el desprecio, y al otro el peligro manifiesto y merecido; y cada uno presume de apoderarse de aquella voluntad, y nadie echa al otro sino por acomodarse; y por esto unos serán persecucion de otros, y nunca se tratará del remedio, y será la variedad, si no peor en los efectos, más escandalosa y aventurada. *Assumit Jesus Petrum et Jacobum et Joannem.* Á los grandes negocios lleva Dios nuestro Señor á sus discípulos, aquí y al huerto. Y si quiere ver vuestra majestad en los reyes la diferencia que hay de llevar á ser llevados, una vez sola que Cristo nuestro redentor fué llevado de un ministro, el ministro fué el demonio, porque en otro no hubiera desca-ramiento para atreverse á llevarle : dos veces le llevó, una al templo para que se despeñase, y otra al monte para que le adorase. Mire vuestra majestad los que llevan á los reyes adónde los llevan : al templo para que se despeñen, al monte para que los adoren; todo al reves, y todo á su propósito. Pues si el diablo se atreve á llevar á Cristo á estas estaciones, ¿adónde llevará á los hombres que se dejaren llevar de él y de los suyos ?

El corazón de los reyes no ha de estar en otra mano que en la de Dios. El Espíritu Santo lo quiere así, porque el corazón del rey en la mano de Dios está sustentado, favorecido y abrigado; y en la de los hombres, oprimido, y preso y apretado. ¿Quién puede errar, siguiendo en vuestra majestad los pasos, siempre encaminados á tanta religion, justicia y verdad, acciones tan piadosas, y deseos tan verdaderamente encendidos

en caridad de sus vasallos y reinos? Y al fin, Señor, quien sigue á su rey va tras la guía y norte que Dios le puso delante; y quien le lleva tras sí, si tan detestable hombre se hallase, de su luz hace sombra. No quita esto que el rey y el príncipe no sigan el consejo y la advertencia: pero hay gran diferencia entre dar consejo y persuadir consejo. Una cosa es aconsejar, otra *engaitar*. Tomar el rey el consejo es cosa de libre juicio : que se le hagan tomar es señal de voluntad esclava. Señor, el buen criado propone, y el buen rey elige; mas el rey dejado de sí propio, obedece.

No sólo deben los reyes no andarse tras otro, ni dejarse llevar donde otro quisiere, sino que inviolablemente han de mirar que los que le siguieren á él puedan decir, y digan : Ves que lo hemos dejado, y te hemos seguido; — porque en lo que se peligra al lado de los reyes, es en no dejar nada para otro, y en tomárselo todo para sí.

CAPÍTULO VIII.

QUIÉN SON LADRONES Y QUIÉN SON MINISTROS, Y EN QUÉ SE CONOCEN. (*Joann.*, cap. 10.)

Amen, amen dico vobis: Qui non intrat per ostium in ovile ovium, sed ascendit aliunde, ille fur est et latro. « De verdad, de verdad os digo : quien no entra por la puerta en el redil de las ovejas, sino que sube por otra parte, aquel es ladron y robador. »

Da Cristo las señas en que se conoce quién es ladron. Cosa clara es que quien entra por la puerta llamando, y le abre el portero (no lo que dió, y el regalo, y la negociacion), que es dueño de casa, y pastor; mas quien sube por la ventana, ó por otra parte escala la casa, ladron es, á robar viene, él lo confiesa. Qué se entiende por puerta y qué cosa sea escalar, temo de decirlo; porque el mundo es de tal condicion, que los ladrones no recelan que los conozcan; ántes en eso tienen la medra y la estimacion. No está el provecho en ser ladron, sino en ser conocido por tal. Sólo vale contigo, si eres tirano, el que tú hiciste participe de mayor delito. Así lo escri-

bió Juvenal : Quien te fia secreto honesto, no te teme, y por eso no te estima : sólo es acariciado quien como cómplice y sabidor, cuando quiere, puede acusar á su señor. Eso tiene lo mal hecho peor, que no se puede fiar su ejecucion sino de malhechores. Dar señas de ladrones es buscarles cómodo, ponerlos con amo, solicitarles la dicha y dar noticia de lo que se busca. Esto siempre pasó así en el mundo : dicen los escritores de aquellos tiempos; y no me espanta sino que durante tanto mundo que siempre ha sido así. Yo no lo dudo, y creo que nació inocente, que poco á poco se ha apoderado de él la insolencia de los afectos, y que hoy se padece la obstinacion de sus imperfecciones.

Esto de entrar por otra parte y dejar la puerta, el primer hombre fué el primero que lo hizo ; pues quiso ser semejante á Dios, no por la puerta, que era su obediencia, sino por el consejo de la serpiente; y en pena el serafin le enseñó la puerta que dejaba, y se la defendió con espada de fuego. ¡ Gran cosa que estén las puertas yermas y desiertas, que nadie entre por ellas estando abiertas y rogando con el paso, y que todo el tráfico y comercio sea por los tejados y ventanas! Señor, la puerta es el rey, y la virtud, y el mérito, y las letras, y el valor. Quien entra por aquí pastor es, la casa conoce, á servir viene. Quien gatea por la lisonja, y trepa por la mentira, y se empina sobre la maña, y se encarama sobre los cohechos, este que parece que viene dando y á que le roben, á robar viene. El mayor ladron no es el que hurta porque no tiene, sino el que teniendo da mucho, por hurtar más.

Pondero yo que si es ladron, como dice Cristo, quien viene por los tejados y azoteas, ¿ qué sería el señor del redil ó el pastor á quien está encargado, si de parte de adentro, viendo escalar su majada, diese la mano á los ladrones para que entrasen á robarle? Este sería disculpa de los ladrones. No hay nombre que no sea comedido, si tal sucediese : por no ser cosa creible, no tiene ignominiosos títulos tal iniquidad. Fácilmente, Señor, conocerá vuestra majestad esta gente en el ejercicio; y lo que más ayuda á conocerlos es el estar tan bien acreditado el nombre de ladron, que es su eminencia y su ambicion.

San Pablo, buen pastor, buen prelado, buen gobernador, buen valido de Cristo, escogido para defensa de su nombre, ¿ cómo vivió, qué hizo, qué dijo, por dónde entró? Óigalo vuestra majestad de su boca, en estas palabras que refiere el capítulo 20 de los *Actos*. Despues de haber juntado los más viejos de la iglesia de Éfeso, y protestádoles lo que habia trabajado por su bien desde el día que entró en Asia, sin perdonar por su salud algun trabajo, dice : « Por lo cual hoy os hago testigos que estoy limpio de la sangre de todos. » — Si depusiese la venganza, y el recelo y la envidia de los que pueden, no sería pequeño proceso el que en esta parte se haria ; que pocos pueden en el mundo que pueden decir esto ; y quien esto no puede, no puede nada. ¡ Cuántas vidas cuesta la conservacion de la vanidad de los ambiciosos, y el entretenerse en el peligro, y el dilatar la ruina, y el divertir el castigo, que no es otra cosa lo que gozan los miserablemente poderosos en el mundo ! Y es la causa, que como al subir trepan para escalar, por no entrar por la puerta, al salir se despeñan por bajar. Prosigue San Pablo : « La plata, ni el oro ó el vestido de ninguno he codiciado, como sabéis ; porque para lo que yo habia menester y los que conmigo están, estas manos me lo dieron. »

¡ Qué pocos ministros saben hacer desdenes al oro, y á la plata y á las joyas ! Qué pocos hay esquivos á la dádiva ! Qué pocas dádivas hay que sepan volver por donde vienen ! Pues, Señor, no es severidad de mi ingenio, ó mala condicion de mi malicia : no tengo parte en este razonamiento. San Pablo pronuncia estas palabras : Quien codicia el oro y la plata, es ladron, á robar vino, no entró por la puerta ; porque el buen ministro, el buen pastor, no sólo no ha de codiciar para sí, pero lo mismo ha de protestar de los suyos, para quien tampoco tomó nada ; que á sí y á ellos dice que sus manos daban lo que habian menester. Tan léjos ha de estar el pedir del ministro, que aun por ser pedir limosna pedir, ha de trabajar primero en su ministerio, que pedirla : así lo hizo san Pablo. ¡ Qué honroso sustento es el que dan al ministro sus manos ! Qué sospechoso y deslucido el que tiene de otra manera al juez, al obispo, al ministro ó al privado ! Sus manos le han de dar lo que ha menester, no las ajenas. Así lo dice San Pablo,

y con eso justifica el haber cumplido su ministerio con la pureza que debía. Miren los reyes á todos á las manos, y verán si se sustentan con las suyas, ó con las de los otros; y tambien conocerán si entran por la ventana ó por la puerta; pues los que entran por la puerta entran andando, y los que entran por otra parte, suben arañando, y sus manos son sus piés, y las manos ajenas sus manos.

PARTE SEGUNDA

CAPÍTULO PRIMERO.

QUIÉN PIDIÓ REYES, Y POR QUÉ; QUIÉN Y CÓMO SE LOS CONCE-
DIÓ; QUÉ DERECHO DEJARON, Y CUÁL ADMITIERON.

LA descendencia y origen de los reyes en el pueblo de Dios ni fué noble ni legítima, pues tuvo por principio el cansarse de la majestad eterna y de su igualdad y justicia. Así lo dijo Dios á Samuel : « No te han desechado á ti sino á mí, para que no reine sobre ellos. » Pocos son, y ménos valen las coronas, los cetros y los imperios para calificar á este oficio tan ruin linaje como el que tuvo. Para castigarlos les concedió lo que le pidieron. Eran, por ser pueblo de Dios y Dios su rey, diferentes de los demas. Tanto puede la imitacion, que dejan á Dios y le descartan, por ser sujetos como las otras gentes. Dióles rey, y mandó á Samuel les dijese : « Tomará vuestros hijos y los pondrá para que gobiernen sus carros, y los hará sus guardas de á caballo, etc. » Si mala fué la ocasion de pedir rey, peor fué el derecho de que dijo Dios usarian ; y tan detestable, que mereció estas palabras : « Y clamaréis en aquel dia delante del rey vuestro que elegisteis, y no os oirá Dios en aquel dia, porque pedisteis rey para vosotros. » Tan gran delitò fué pedir rey que mereció no sólo que se le diesen, sino tambien que no se le quitasen cuando padeciesen con lágrimas el derecho que les predijo. Este libro de Samuel pocos le han considerado (no hablo de sagrados expositores, que son luces de la Iglesia). Á unos entretuvo la lisonja, á otros apartó el miedo ; y para las